



Antonio Montero

Por María Carolina Geel

El libro de un autor nacional que no se conoce se toma con un ánimo entre esperanzado y receloso. Con el que acabamos de leer (*Nos Vemos en Santiago, Arancibia Hnos.*), tal sensación no desapareció en la primera página como en otros casos. La forma y aun el tema atraían: el recuerdo de otros, cosa no extraña cuando uno se pasa la vida leyendo. Pero empezó a ocurrir que poco a poco, sin notarse casi, iba aflojando de las páginas, y curiosamente, sin alcanzar el primer plano del argumento, la visión de un cuadro desolado, de algo que se quebró en medio de la vida. Entonces se sigue, ya despierto el interés que irá creciendo, y de este primer relato, llano, casi parejo, se da de golpe con el que sigue, el cual es de una vivacidad sorprendente.

Se trata de un gigante pendenciero, al fondo buen sujeto, y un petiso intelectual y honesto, más bien feo pero dueño de eso que alguien ha descrito como lo irresistible: la simpatía. Con ella domina a su heredero interlocutor. Y, de golpe también, se descubre que, en contraste con el primer cuento, el autor muestra aquí verdadero talento en el diálogo, tortura de pequeños y grandes novelitas. Nos referimos al parlamento tradicional, clásico (si bien usa a menudo los interpolados en medio del texto, o sea, la modalidad que hace algunos años desbarató la prensa a grados inasufribles y que por entonces denominamos "estilo retahíla", del que no se libró casi nadie. Siempre nos ha asombrado el hecho de que escritores excelentes, dueños muy personales de su propia manera, ceden al poco sírroso impulso de imitar y, lo peor, de imitar lo que viene de afuera. El dicho estilo retahíla tuvo su origen en el famosísimo monólogo interior de James Joyce, verdadera chispa genial de este inglés y que él pone en la mente de su heroína Molly. Con anterioridad, algunos franceses especulan ya con el monólogo o corriente interior, pero fue Joyce quien configuró su existencia literaria en sesenta páginas sin puntos ni comas, capaces de dar vértigo. Y empezó a derramarse por el mundo y aquí hubo de lamentarse casos como el de Jorge Edwards que, siendo un cuentista de primera línea, fue adoptando sin más la moda. Quien la llevó al último extremo fue Vargas Llosa en *Conversación en la Catedral*. Ahora bien, pasada la boga, el estilo retahíla, serenado, se asentó, creó una categoría, y, como en el caso del autor que aquí comentamos, pasó a ser un elemento contemporáneo de la literatura).

El paréntesis resultó largo... pero retomemos el hilo. La fluidez del diálogo, en este cuento y otros, sale al encuentro del lector excitando la atención a la manera de los grandes narradores. Tal fluidez alcanza una souplesse azaar rauda en el minúsculo relato *Desayuno Genealógico*, donde la naturalidad del coloquio empuja, por decir así, hacia una comicidad del más fino quilate.

De donde resulta justo decir también que el autor posee el don de síntesis, del trazo apretado de contados.

Pero observemos aun otro rasgo nada fácil: el paso, sin esfuerzo alguno, del diálogo entre la clase menesterosa al de las clases altas. Esta doble facultad,

que puede parecer de simple manejo de las palabras, presenta escollos, en ciertos casos insalvables, como ocurría con Manuel Rojas, quien, al querer estampar una plática entre sujetos de medios altos, fracasaba redondamente.

En el caso de Montero trata uno de analizar si es el recurso de una objetividad estricta lo que le permite describir con igual éxito la miseria y la opulencia, el modo del aristócrata y el del que no lo es. Nos parece que no, exactamente. Volvamos al primer cuento y lleguemos al titulado *El Coquiense*. Los dos opuestos de la vida, y opuestos extremos. Aquí la miseria es un grado estremecedor; allá, la opulencia tranquila. En el primero la desdicha infinita, sin aspañentes de dos que han "sentido" crecer la distancia que empieza a instalarse entre quienes en un pasado conocieron instantes en que fueron uno solo. En el segundo, el padecimiento feroz que va del estómago vacío, de las humillaciones, a los pensamientos que comienzan a entenebrecerse, a engendrar ideas infamantes alimentadas precisamente por el hambre. La propia y la de los críos. En ambos casos el autor da en algo que marca lentamente y estropea la vida. Y, pues, la objetividad de que hablamos y cuyo gran peligro es la frialdad, no es, por sí, lo que aquí permite el lenguaje valeroso para ambos extremos. Diríamos que es la espontánea expresión del escritor nacido, no sólo poseedor del arte de escribir sino de una sensibilidad abierta a todas las vetas del dolor humano, de la dicha humana, del furor humano. Y de la comicidad humana...

A lo largo de la lectura de estos cuentos pueden hallarse sembradas, aquí, allá, reflexiones fugaces que hacen detenerse: "Porque comprender es más difícil que amar". ¿Es cierto? Entendiendo el sentido, uno piensa que hay seres, no muchos, claro, capaces de una comprensión penetrante, pero que son incapaces de amar; aunque puede ser también que se les pasó la vida sin hallar al "otro" en su condición de único. ¿Quién sabe.

Por otra parte, cabe añadir a la variedad notable de estas narraciones, que revelan un poder de observación de veras considerable. En efecto, hay gran movilidad en cuanto a los géneros a que pertenecen los cuentos. Abarca extensa gama: realismo, naturalismo, los de alcance social, el llamado criollismo urbano, el mundo angustioso de los sicópatas, la nostalgia de los que se alejaron de su patria, que es el caso a que pertenece el relato que cierra el volumen, o sea, el joven artista que en el soñado París recuerda su ciudad, Santiago, donde "la cordillera es como la catedral de mis rezos".

Por último, los defectos que en el conjunto puedan señalarse pertenecen a aquellos que el buen escritor descubre a la larga por sí mismo (por ejemplo, el final prolongado del cuento *Curriculam vitae*, en particular el aviso necrológico que le da término).

Y bien, ¿quién es Antonio Montero? El deberá excusar nuestra ignorancia. Nunca oímos su nombre.

Como sea, las letras nuestras dan con su libro un significativo paso hacia adelante.

Antonio Montero [artículo] María Carolina Geel.

Libros y documentos

AUTORÍA

Geel, María Carolina, 1913-1996

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Antonio Montero [artículo] María Carolina Geel.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile